

## Los ciegos y el elefante

Había una vez seis ciegos que fueron a conocer un elefante. Cuando el primer ciego llegó frente al elefante, extendió las manos y pudo notar el inmenso tamaño del animal. “Este elefante es como una pared muy alta y fuerte,” anunció.

El segundo hombre, que estaba parado cerca de la cabeza del elefante, tocó su largo colmillo. “¿Una pared? ¡No! Yo diría que se asemeja más a un arpón.”

El tercer hombre pudo rodear una pata del elefante con ambos brazos. “Odio contradecirlos,” dijo, “pero estoy seguro que el elefante es como un gran árbol.”

El cuarto hombre alcanzó tocar una de las orejas del elefante. “Todos ustedes están errados,” dijo el hombre. “En realidad el elefante es similar a un ventilador.”

El quinto hombre estaba parado detrás del elefante y le tocó la cola al animal. Entonces dijo: “No entiendo el porqué de la confusión. Estoy seguro que tengo la razón al decir que el elefante se parece mucho a una sogá.”

Como el elefante era un poquito juguetón, empezó a hacerle cosquillas al sexto hombre con su trompa. Este empujó la trompa y dijo: “Por favor mantengan la calma porque les puedo jurar que el elefante se asemeja en realidad a una enorme culebra.”

“¡Que tontería!” respondieron los otros. Y todos empezaron a alejarse del elefante, pero nunca se tomaron la molestia de razonar juntos para entender cómo era en realidad el elefante.

### ILUSTRACIÓN

## El pescador y su mujer

(Cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un pescador que vivía con su esposa en una pequeña choza cerca del mar. Todos los días él se acercaba a la orilla para pescar. Sucedió que un día, mientras estaba sentado contemplando las cristalinas aguas, sintió que algo halaba muy fuerte su caña. Él también haló y haló con todos sus fuerzas, cuando en eso salió aleteando un pez muy grande.

El pez le dijo: “Por favor déjeme ir. No soy un pez común sino un príncipe encantado. Regréseme al agua y déjeme vivir.”

“¡Por todos los cielos!” exclamó el pescador. “Nada, yo no me puedo comer un pez que habla.”

Luego el pescador fue a donde su esposa a contarle sobre el pez que podía hablar, a lo que ella respondió: “Eres un tonto, ese era un pez mágico. Regresa y pídele que cambie esta choza y la convierta en una linda cabaña.”

El pescador no quería ir, pero su esposa se lo exigía. Así que se fue caminando lentamente de vuelta a la orilla del mar. El agua ya no estaba clara y brillante sino opaca y verde. El pescador empezó a llamar:

*“Escúchame por favor, oh pez mágico.  
Mi mujer me ha enviado a pedirte un deseo.”*

El pez salió del agua y le preguntó: “¿Qué es lo que quiere?”

### ILUSTRACIÓN

“Mi esposa desea vivir en una hermosa cabaña,” le dijo el pescador.

“Vaya a su casa,” le respondió el pez. “Ella tendrá su cabaña.” El pescador regresó a su casa. Por supuesto allí estaba su esposa de pie al frente de una hermosa cabaña.

“¡Ahora serás feliz!” le dijo el pescador.

Efectivamente, la mujer fue feliz—pero la felicidad le duró aproximadamente una semana. Al cabo de ese tiempo le dijo a su esposo: “Esposo, yo ya estoy cansada de vivir en esta pequeña cabaña. Quiero vivir en un gran castillo de piedra. Ve y pídele al pez que nos dé un castillo.”

El pescador fue caminando lentamente hacia la orilla del mar. El agua ya no estaba verde, sino que tenía un oscuro color gris y morado. El pescador empezó a llamar:

*“Escúchame por favor, oh pez mágico,  
mi mujer me ha enviado a pedirte un deseo.”*

Salió el pez del agua y el pescador le dijo: “Mi mujer desea vivir en un castillo de piedra.”

“Vuelva a casa,” dijo el pez. “La encontrará en un castillo.”

Cuando el pescador regresó a casa, no podía creer lo que sus ojos veían. En el lugar donde vivía había un enorme castillo de piedra. Dentro de él vio sirvientes, sillas doradas y mesas servidas con exquisitos potajes.

“Ahora, por supuesto, vas a ser feliz,” le dijo el pescador a su esposa.

Y lo fue—hasta la mañana siguiente.

Apenas estaba saliendo el sol, cuando la mujer del pescador lo despertó para decirle: “Esposo, levántate. Ve una vez más donde el pez y dile que lo que deseo es ser la reina de todas estas tierras.”

“¡Te has vuelto loca!” gritó el pescador. “¡El pez no puede hacer eso!”

“¡Vé y pídeselo!” exigió su esposa.

Así que el pescador se fue caminando tristemente hacia el mar. Ya el agua estaba negra y las olas rugían y se estrellaban contra la orilla. El pescador empezó a llamarlo:

*“Escúchame por favor, oh pez mágico.  
Mi mujer ha enviado a pedirte un deseo.”*

El pez salió del agua y le preguntó: “¿Y ahora qué es lo que quiere?”

Con la cabeza gacha el pescador le dijo: “Mi esposa desea ser la reina de todas estas tierras.”

“Vuelva a casa,” le respondió el pez. “Ya ella es reina.”

El pescador regresó corriendo a su casa y encontró a su esposa sentada en un alto trono de oro y diamantes. Vestía un largo vestido de seda y llevaba una corona de oro. Los sirvientes y las damas de la corte iban de aquí para allá, complaciéndola en todos sus deseos.

“Ahora,” le dijo el pescador, “me imagino que serás verdaderamente feliz.”

Y ella fue feliz—hasta aquella noche. Cuando empezó a aparecer la luna en el cielo, la mujer le dijo: “Esposo, te ordeno que vayas donde el pez y le digas que me dé poder para que el sol y la luna salgan y se oculten cuando yo lo decida.”

El pescador volvió al mar. Rugían los truenos y los relámpagos iluminaban el cielo. Alrededor de él se alzaban enormes y oscuras olas. El pescador tuvo que gritar:

*“Escúchame por favor, oh pez mágico,  
Mi mujer me ha enviado a pedirte un deseo.”*

El pez emergió y le preguntó: “¿Qué es lo que ella quiere?”

El pescador respondió: “Mi esposa quiere tener el poder para hacer que el sol y la luna salgan y se oculten cuando ella lo decida.”

El pez sólo dijo: “Vete a casa.”

Y eso hizo el pescador. Pero al llegar a casa encontró a su mujer sentada en la pequeña choza donde solían vivir. Y hasta ahora viven allí.

## ILUSTRACIÓN

### Talk

(Recontado por Harold Courlander y George Herzog)

“Talk” es un cuento del folklore Ashanti. Los Ashanti viven en África Occidental, en el país que actualmente se llama Ghana. Muchos de ellos son agricultores y entre sus principales cultivos están el cacao (ingrediente principal del chocolate) y, como verás en esta historia, camotes. Para apreciar mejor un detalle hacia el final de este cuento, te ayudará saber una tradición Ashanti: casi todos los hombres y mujeres tuvieron alguna vez una banqueta de madera tallada, que además de su utilidad, según la tradición, incorporaba el espíritu de su dueño.

Una vez, no muy lejos de la ciudad de Accra, en el Golfo de Guinea, un campesino se disponía a sacar de su huerta unos cuantos camotes para llevar a la venta. Mientras escarbaba la tierra, uno de los camotes le dijo:

“Vaya, ya estás acá. Tú nunca me quitaste la maleza, pero ahora vienes con tu pala. ¡Vete y déjame solo!”

El campesino volteó y miró asombrado a su vaca. Esta se encontraba rumiando y lo miraba.

“¿Tú dijiste algo?” le preguntó.

La vaca siguió rumiando y no dijo nada, pero el perro del campesino habló.

“No fue la vaca quien te habló,” le dijo el perro. “Fue el camote. El camote te dijo que lo dejes tranquilo.”

El hombre se enfureció porque su perro nunca antes había hablado y porque además no le gustó el tono que usó, así que sacó su cuchillo y cortó una rama de una palmera para pegarle. En eso la palmera exclamó:

“¡Deja esa rama!”

El hombre se estaba empezando a inquietar por lo que estaba pasando y cuando iba a arrojar la rama de la palmera, ésta le dijo:

“¡Hombre, bájame con cuidado!”

El hombre puso la rama suavemente sobre una piedra, y la piedra le dijo:

“¡Oye, sácame esa cosa de encima!”

Eso fue suficiente; el aterrado hombre empezó a correr hacia su villa. En el camino se cruzó con un pescador que llevaba una red de pesca sobre su cabeza.

“¿A qué se debe el apuro?” le preguntó el pescador.

“Mi camote me dijo: ‘¡Déjame solo!’ Luego el perro dijo: ‘¡Escucha lo que te dice el camote!’ Cuando iba a pegarle al perro con la rama de una palmera, el árbol dijo: ‘¡Deja esa rama!’ Luego la rama dijo: ‘¡Hazlo con cuidado!’ Entonces la piedra dijo: ‘¡Sácame eso de encima!’ ”

“¿Eso es todo?” preguntó el hombre que llevaba la red. “¿Eso es tan aterrador?”

“Bueno,” dijo la red, “y se lo quitó de la piedra?”

“¡Ah!” gritó el pescador. Arrojó la red al suelo y empezó a correr detrás del campesino. En el camino se encontraron con un hilandero que llevaba un atado de tela sobre la cabeza.

“¿A dónde van con tanto apuro?” les preguntó.

“Mi camote me dijo: ‘¡Déjame tranquilo!’ ” le respondió el campesino. “El perro dijo: ‘¡Escucha lo que te dice el camote!’ El árbol dijo: ‘¡Deja esa rama!’ La rama dijo: ‘¡Hazlo con cuidado!’ Y la piedra dijo: ‘¡Sácame eso de encima!’ ”

“Y luego,” continuó el pescador, “la red dijo: ‘¿Se lo quitó de encima?’ ”

“Eso no es motivo para estar tan alterados,” dijo el hilandero. “No hay razón.”

“Oh, sí que lo es,” dijo el atado de tela. “Si eso te hubiera sucedido a ti, también saldrías corriendo.”

“¡Ah!” gritó el hilandero, y arrojando el atado de telas al camino, empezó a correr con los otros dos hombres.

Jadeantes, llegaron al lecho de un río y encontraron a un hombre bañándose.

“¿Están persiguiendo una gacela?” les preguntó el hombre.

El primero respondió sin aliento:

“Mi camote me habló y dijo: ‘¡Déjame tranquilo!’ Mi perro dijo: ‘¡Escucha lo que dice

tu camote!’ Y cuando corté una rama de la palmera, el árbol dijo: ‘!Deja esa rama!’ Y la rama dijo: ‘¡Hazlo con cuidado!’ Y la piedra dijo: ‘!Sácame eso de encima!’ ”

El pescador agregó, jadeante: “Y mi red preguntó: ‘¿Lo hizo?’ ”

Resollando, dijo el hilandero: “¡Mi tela también habló!”

“¿Y por eso están corriendo?” preguntó el hombre que estaba en el río.

“¿No correrías tú si estuvieras en su lugar?” dijo el río.

### ILUSTRACIÓN

El hombre saltó del agua y empezó a correr con los otros. Corrieron por la calle principal del pueblo hasta la casa del jefe. Los sirvientes del jefe le trajeron su banqueta y él vino y se sentó para escuchar a los hombres. Estos empezaron a relatar lo sucedido.

“Fui a mi huerta para sacar camotes,” dijo el campesino, agitando los brazos. “¡Y entonces todo empezó a hablar! Mi camote dijo: ‘¡Déjame tranquilo!’ Mi perro dijo: ‘¡Presta atención a tu camote!’ El árbol dijo: ‘¡Deja esa rama!’ La rama dijo: ‘¡Hazlo con cuidado!’ Y la piedra dijo: ‘¡Sácamela de encima!’ ”

“Y mi red preguntó: ‘Bueno ¿y se la quitó?’ ” exclamó el pescador.

“Y mi tela dijo: ‘¡Tú también correrías!’ ” dijo el hilandero.

“Y el río dijo lo mismo,” agregó el bañista con voz ronca.

El jefe los escuchaba pacientemente, pero no pudo evitar fruncir el ceño.

“Esta es una historia increíble,” dijo finalmente; mejor regresen a trabajar, antes que los castigue por alterar la tranquilidad.”

Así que los hombres se fueron. El jefe meneó la cabeza y murmuró para sí: “Tonterías como estas inquietan a la comunidad.”

“Fantástico, ¿verdad?” dijo la banqueta. “Imagínate, ¡un camote que habla!”

## El traje nuevo del emperador

(Basado en el cuento de Hans Christian Andersen)

Había una vez un emperador al que le gustaba vestir ropa muy fina. Tenía diferentes atuendos para cada hora del día. Le encantaba salir y exhibir sus lujosas prendas. Un día llegaron dos extraños al reino. Estos hombres eran ladrones, pero se hacían pasar por sastres. Le dijeron al emperador que podían coserle la ropa más hermosa del mundo. Le dijeron que era una ropa mágica, y que sólo la gente inteligente la podía ver.

El emperador les dió mucho dinero y les dijo que empezaran a hacerle el traje mágico. Días y noches los dos hombres fingían estar tejiendo la tela. Pero en realidad no tenían nada en el telar.

El emperador estaba curioso por ver la tela. Pero se acordó que sólo la gente inteligente podía verla. ¿Qué pasaría si él no pudiera verla? Sólo para estar seguro, envió a su primer consejero.

El consejero encontró a los dos hombres haciendo el trabajo. “¿Le gusta la tela?” le preguntaron. “¿No es hermosa?” El consejero no se atrevió a admitir que él no podía ver ninguna tela. Eso significaría aceptar que era tonto. Así que fingió verla. Agregó además que era muy fina y hermosa.

Después, el emperador mismo fue a ver la tela. Después de todo, si su consejero la había visto, con seguridad él también la podría ver. Pero el emperador no vio nada y pensó, “¡Esto es terrible! ¡Soy un tonto!” Pero en voz alta dijo: “¡Es magnífica!” Y les pidió a los sastres que le hicieran un traje de ese género, tan pronto como fuera posible.

### ILUSTRACIÓN

Durante días los tramposos sastres fingían cortar y coser la tela invisible. Todos aquellos que los veían fingían admirar su trabajo, porque nadie se atrevía a parecer tonto.

Finalmente llegó el día en que el emperador iba a lucir su nuevo traje en público. En su cuarto de vestir, el emperador se quitó la ropa y los sastres fingieron ayudarlo a ponerse el nuevo traje. El emperador se miró en el espejo.

“¡Qué elegante se ve usted, Su Majestad!” dijeron los embusteros sastres.

El emperador salió del palacio seguido por muchos consejeros y sirvientes. En las calles se alineaba la gente formando multitudes. Y todos decían “¡El traje nuevo del emperador es encantador! ¡Qué bien le queda!” Nadie admitía que no veía nada, porque eso hubiera significado parecer tonto.

De pronto un niño gritó: “¡No se ha puesto ropa!”

Un murmullo se escuchó entre la multitud. Entonces todos empezaron a murmurar. “¡El niño tiene razón! ¡El emperador no se ha puesto ropa!” Y todos empezaron a reírse mientras decían: “¡El emperador no se ha puesto ropa!”

Por último, el emperador se dió cuenta que había sido embaucado. Trató de volver al palacio tan orgullosamente como siempre. Pero estaba sonrojado de la cabeza a los pies, como todos podían notarlo claramente.

### ILUSTRACIÓN

## Cómo perdió Iktomi sus ojos

(Cuento de la tribu assiniboine)

Una tarde, Iktomi caminaba por el bosque, cuando escuchó un ruido extraño: ¡un pájaro estaba cantando en su lengua, assiniboine! Cada vez que el pájaro cantaba la canción, los ojos le salían volando de la cabeza y se posaban en lo alto de un árbol, y cuando cantaba otra canción, los ojos volvían a su lugar.

Iktomi quería aprender ese truco porque pensó que todos admirarían tanto su poder, que bien podría llegar a ser un gran jefe algún día. Le preguntó al ave: “¡Pequeño hermano, podrías por favor enseñarme a hacer eso?”

Luego que el pájaro le enseñó a Iktomi cómo hacerlo, le advirtió: “No debes usar este

truco más de cuatro veces.”

Iktomi trató de hacerlo una vez para ver si resultaba. Sus ojos volaron hacia la cima del árbol y luego volvieron a su lugar. Estaba tan emocionado que trató por segunda vez y luego lo hizo una tercera vez. Luego corrió hacia donde estaba el Hermano Gopher y lo hizo una vez más, sólo para mostrárselo. Gopher estaba muy impresionado. Pero Iktomi se olvidó que ya había hecho el truco cuatro veces.

Cuando regresó, reunió a todos para que vieran su poderoso truco. Iktomi cantó la canción del pájaro y los ojos le salieron volando hasta la cima de un árbol. Iktomi estaba muy orgulloso y la gente estaba boquiabierta. Cantó nuevamente y esperó los elogios de la gente. Pero los ojos se rehusaron a regresar. Entonces se puso a suplicarles a sus ojos, y la gente se empezó a reír.

Iktomi estaba aterrado por no haber escuchado la advertencia del pájaro. A tropezones salió del campamento para encontrar al ave. ¡No podía ver nada! De pronto escuchó la vocecita de un ratón de campo preguntándole: “¿Por qué lloras?” Iktomi le contó al ratón lo sucedido y éste sintió lástima. “Toma uno de mis ojos y así ya no estarás tan triste,” le dijo. Iktomi agradeció al ratoncito y siguió su camino.

Pronto se encontró con un joven búfalo. “¿Por qué estás ciego de un ojo?” le preguntó. Iktomi le contó lo sucedido y el búfalo se conmovió. “Toma uno de mis ojos y así podrás hallar al pájaro.” Iktomi tomó un ojo del búfalo y le dió las gracias.

Bendecido con la bondad y la vista de los animales, no tardó mucho en encontrar al pájaro. “Por favor ayúdame,” le dijo. “Nunca más seré tan vanidoso ni trataré de ser más poderoso que nadie.” Con esa promesa, el ave le enseñó una nueva canción y cuando Iktomi la cantó, sus ojos bajaron de la cima del árbol y regresaron a su lugar. Feliz por ello, Iktomi regresó para devolver a los generosos animales sus ojos.

### ILUSTRACIÓN

Busque en la biblioteca otros divertidos cuentos de Iktami por Paul Goble, incluyendo *Iktomi and the Berries*, *Iktomi and the Boulder* e *Iktomi and the Buffalo Skull* (Orchard Books)

## El pincel mágico

(Cuento del folklore chino)

Había una vez, hace muchísimo tiempo en China, un pobre huérfano llamado Ma Liang. Él no tenía a nadie que lo cuidara o lo protegiera. Así que para vivir, recogía leña y la vendía. Pero lo que realmente él quería hacer, y lo que más deseaba en el mundo, era pintar. Sin embargo, Ma Liang era tan pobre que no podía comprar ni siquiera un pincel.

Un día, mientras pasaba por la escuela del pueblo, vió que los niños estaban muy ocupados pintando. “Por favor señor,” le dijo Ma Liang al profesor, “me gustaría mucho pintar, pero no tengo pincel. ¿Me podría prestar uno?”

“¿Qué dices?” gritó el profesor. “¡No eres más que un pordiosero! Fuera de aquí!”

“Podré ser muy pobre,” le dijo Ma Liang, “pero aprenderé a pintar.”

La siguiente vez que fue a recoger leños, usando unas ramas Ma Liang dibujó aves sobre la tierra. Cuando llegó al río, metió la mano en el agua y con el dedo mojado dibujó un pez sobre las rocas. Esa noche, cogió un pedazo de madera quemada y con ella dibujó animales y flores.

Cada día Ma Liang encontraba tiempo para hacer más pinturas. La gente lo empezó a notar. “¿Qué reales se ven las pinturas del niño!” decía la gente. “Ese pájaro que ha dibujado parece que estuviera listo para volar. Hasta parece que se le escucha cantar.”

Ma Liang disfrutaba los elogios de la gente, pero todavía pensaba, “¿Si yo tuviera un pincel!”

### ILUSTRACIÓN

Una noche, después de que Ma Liang había trabajado todo el día arduamente, cayó en un profundo sueño. En su sueño vio a un anciano de barbas blancas muy largas y rostro amable. El anciano sostenía algo en la mano. “Toma esto,” le dijo a Ma Liang. “Es un pincel mágico. Usalo con cuidado.”

Cuando Ma Liang se despertó, se dio cuenta que en los dedos sostenía un pincel. “¿Todavía estaré soñando?” se preguntó. Inmediatamente se levantó y pintó un pájaro. Al terminar, el pájaro que había pintado agitó sus alas y voló.

Luego pintó un venado. Tan pronto como le dió la última pincelada a la piel del animal, éste rozó con la nariz a Ma Liang y salió corriendo hacia el bosque.

“¡Es un pincel mágico!” dijo Ma Liang. Y de inmediato corrió hacia donde vivían sus amigos pobres. Pintó juguetes para los niños. Pintó vacas y herramientas para los agricultores. También pintó platos llenos de comida para los hambrientos.

Pero las cosas buenas no se pueden mantener en secreto por mucho tiempo. Muy pronto las noticias sobre Ma Liang y el pincel mágico llegaron a oídos del codicioso emperador.

“¡Tráiganme a ese niño y su pincel!” ordenó el emperador. Sus soldados encontraron a Ma Liang y lo llevaron directamente al palacio.

Con el ceño fruncido el emperador miró a Ma Liang. “¡Píntame un dragón!” vociferó el emperador. Ma Liang empezó a pintar. Pero en vez de pintar un dragón de la suerte, pintó una viscoso sapo que de un salto se posó en la cabeza del emperador.

“¡Niño tonto!” exclamó el emperador. “¡Te arrepentirás de esto!” Entonces le arrebató el pincel mágico y ordenó a sus soldados que arrojaran a Ma Liang a un calabozo.

Luego el emperador llamó al pintor real. “Toma este pincel y píntame una montaña de oro,” le ordenó. Pero cuando el pintor real terminó la pintura, todo el oro que había

pintado se convirtió en piedras.

“Entonces,” dijo el emperador, “este pincel sólo funciona con el niño. ¡Tráiganmelo!”

Ma Liang fue llevado nuevamente al emperador. “Si pintas para mí,” dijo el emperador, “Yo te daré oro y plata, ropa fina, una casa nueva y toda la comida y bebida que puedas desear.”

Ma Liang fingió aceptar. “¿Qué es lo que quiere que pinte?” preguntó.

“Píntame un árbol que en vez de hojas tenga monedas de oro,” le dijo el emperador con la codicia pintada en los ojos.

Ma Liang tomó el pincel mágico y empezó a pintar. Pintó muchas olas azules, y de pronto el emperador se vio frente a un océano.

“¡Eso no es lo que te dije que pintarás!” chilló el emperador. Pero Ma Liang lo ignoró y continuó pintando.

En medio del océano pintó una isla. Y en esa isla pintó un árbol con monedas de oro en vez de hojas.

“Sí, sí, eso está mejor,” le dijo el emperador. “Ahora, rápidamente píntame un bote para poder llegar a la isla.”

Ma Liang pintó un gran barco velero. El emperador se subió al barco junto con muchos oficiales del más alto rango. Ma Liang pintó una cuantas líneas y una suave brisa empezó a soplar. El barco se empezó a mover lentamente hacia la isla.

“¡Rápido, más rápido!” gritaba el emperador. Ma Liang pintó entonces una línea curva muy grande, y empezó a soplar el viento fuertemente. “¡Ese viento es suficiente!” gritó el emperador. Pero el niño siguió pintando. Pintó una tormenta y las olas comenzaron a hacerse cada vez más grandes, meciendo el bote como si fuera un pequeño corcho en el agua. Entonces las olas destrozaron el bote en pedazos. El emperador y sus oficiales fueron arrojados a las orillas de la isla y nunca más pudieron regresar al palacio.

En lo que respecta a Ma Liang, la gente dice que por muchos años viajó de pueblo en pueblo, usando el pincel mágico para ayudar a los pobres dondequiera que iba.

## Un cuento navideño

(Basado en el cuento de Charles Dickens)

Había una vez, un hombre muy tacaño, codicioso y avaro llamado Ebenezer Scrooge. Un día frío y destemplado, vísperas de Navidad, el viejo Scrooge estaba sentado en su oficina. Su pobre empleado, Bob Cratchit, se congelaba de frío en la otra habitación, puesto que Scrooge le daba sólo un poco de carbón para su chimenea.

Scrooge miró con el ceño fruncido a Bob Cratchit y gruñó: “Supongo que esperará que le dé el día libre mañana.”

“Sí, señor,” le dijo su empleado humildemente. “Si no tiene usted inconveniente.” “Sí tengo inconveniente,” le respondió Scrooge. “Quiero que mañana esté acá aún más temprano que esta mañana.”

“Gracias señor,” dijo Bob Cratchit. “Y Feliz Navidad para usted, señor.”

“¡Navidad! Esas son tonterías,” gruñó Scrooge mientras salía de su oficina. A través de la helada niebla recorrió el camino hasta su casa. Al aproximarse a la puerta principal se detuvo y se quedó mirando la puerta fijamente. En el lugar en que esperaba ver la aldaba de la puerta, vio un rostro. Era el rostro de su viejo socio de negocios, Jacob Marley. Pero Marley había fallecido hacía siete años. Scrooge parpadeó, y el rostro desapareció.

“¡Bah, pamplinas!” dijo Scrooge al tiempo que entraba a su casa. Se puso su bata y pantuflas, y cuando se disponía a preparar su cena, escuchó un ruido. Sonaba como si alguien estuviera arrastrando pesadas cadenas por el piso. En ese momento, a través de la puerta cerrada pasó el fantasma de Jacob Marley. Alrededor de su cintura tenía atada una larga cadena.

“¡Escúchame!” le dijo el fantasma. “Tengo que llevar esta pesada cadena que forjé en vida. Lo único que me interesaba era el dinero. Y tú estas forjando tu propia cadena, Ebenezer. Tú también te preocupas demasiado por el dinero y muy poco por tu pobre empleado. Debes cambiar antes que sea demasiado tarde. Todavía tienes oportunidad de escapar del destino que te ha tocado. Serás visitado por tres espíritus.” Luego, con un tenebroso gemido, el fantasma desapareció.

### ILUSTRACIÓN

Cuando el reloj marcó la una, una pálida mano salió de la parte de atrás de la cortina que colgaba alrededor de la cama de Scrooge. Era el primer espíritu. Lucía como un niño, pero al mismo tiempo como un anciano. “Yo soy el fantasma de la Navidad Pasada,” dijo el espíritu. Luego el espíritu tomó la mano de Scrooge. Repentinamente, Scrooge se vio a sí mismo en una vieja aula de clases. Todos los niños ya se habían ido a casa a celebrar las fiestas— todos, menos uno. Era un niño abandonado que seguía sentado en su pupitre. “Vaya, ese soy yo,” dijo Scrooge. Y suspiró al recordar su triste y solitaria niñez.

Scrooge tuvo la vaga sensación de encontrarse nuevamente en su cama. Escuchó el tic-tac del reloj y de repente vio una luz muy brillante. Saltó de su cama y pudo ver a un hombre inmenso, de barba, que vestía una túnica suelta y una corona hecha de hoja de acebo. Este gigante jovial estaba sentado sobre un enorme montón de pavos asados, pasteles, manzanas, naranjas, bizcochos, y pudines.

“Ven para que me conozcas mejor, hombre,” rió el espíritu. “Yo soy el espíritu de la Navidad Presente. Toca mi túnica.”

Apenas Scrooge tocó la túnica se vio a sí mismo por calles llenas de gente, en una mañana de Navidad. Vio rostros sonrientes y escuchó a la gente deseándose mutuamente Feliz Navidad. El espíritu lo llevaba de casa en casa, y pudo ver a la gente preparando sus cenas navideñas. En eso llegó a casa de Bob Cratchit. La familia estaba sentada frente a una magra cena, pero se veían felices como si frente a ellos hubiera un gran festín. El más feliz de todos era un niño de apariencia débil llamado Pequeño Tim,

que caminaba con muletas.

Scrooge vio que Bob Cratchit levantaba su vaso y decía: “Una Feliz Navidad para todos nosotros, mis queridos.”

“Que Dios nos bendiga a todos,” respondió el Pequeño Tim. Scrooge vio como Bob alzaba a su pequeño en brazos y lo ponía a su lado como si tuviera miedo perderlo.

### ILUSTRACIÓN

“Espíritu,” dijo Scrooge, “Dime que el Pequeño Tim vivirá.”

“Veo un sitio vacío,” respondió el espíritu, “y un par de muletas sin dueño. Si las cosas siguen como están, el niño morirá.”

“¡Oh no, buen espíritu!” exclamó Scrooge. “Dime que él se salvará.”

Pero el espíritu de la Navidad Presente se estaba esfumando ante los ojos de Scrooge. Y en su lugar Scrooge vio aparecer a un oscuro fantasma cubierto por una capucha.

“¿Acaso estoy ante la presencia del Espíritu de la Navidad Por Venir?” preguntó Scrooge.

El espíritu no le respondió, pero señaló hacia adelante con la mano, Scrooge se encontró de pronto en una casa muy oscura. Sobre la cama, junto al cobertor, había algo frío, quieto y sin vida. Scrooge escuchó lo que hablaba la gente fuera de la habitación.

“¿Cuándo murió?” preguntó un hombre.

“Anoche,” respondió otro.

“Parece que es un funeral muy pobre,” dijo un tercero, y todos se echaron a reír.

El silencioso espíritu hizo flotar su oscura túnica como si fueran alas y al momento Scrooge se encontró en la casa de Bob Cratchit. Esta estaba muy silenciosa, demasiado silenciosa. Los ruidosos niños de Cratchit estaban ahora sentados como estatuas. En una esquina, cerca de la pared, una muleta se apoyaba sobre una silla vacía. Entonces escuchó Scrooge, la voz de Bob Cratchit. “Sé que nunca olvidaremos al pobre Pequeño Tim,” se lamentaba. “¡Oh, mi pequeño, mi pequeño niño!”

El espíritu agitó nuevamente su oscura túnica y Scrooge se encontró en un cementerio plagado de maleza. El espíritu se paró entre las tumbas y señaló una.

### ILUSTRACIÓN

Casi a rastras, Scrooge se acercó a la tumba. Y sobre la losa pudo leer su propio nombre: EBENEZER SCROOGE.

“¡No espíritu!” gimió Scrooge y rodeó con sus brazos la túnica del espíritu. “Ya no soy el hombre que solía ser. Por favor dime que todavía tengo oportunidad de cambiar lo que me has mostrado.” El espíritu empezó a alejarse, pero Scrooge lo sujetó fuertemente. “Buen espíritu,” lloró, “honraré la Navidad en mi corazón y trataré de mantener ese espíritu durante todo el año!”

Scrooge trató de coger la mano del espíritu, pero de repente el fantasma desapareció. Scrooge se encontró entonces en su cama, rodeando el poste con sus brazos.

Sí, era su propia cama y su propia habitación. Pero lo mejor de todo, su vida era aún

su propia vida, y aún tenía la oportunidad de convertirse en una persona mejor. Scrooge corrió hacia la ventana y llamó a un niño que pasaba por la calle: “¿Qué día es hoy querido niño?”

“¡Hoy es Navidad, por supuesto!” le respondió el niño.

“¡Aún no la he perdido!” exclamó Scrooge. Y enseguida le dijo al niño: “¿Has visto ese pavo tan grande que están vendiendo en la tienda de la siguiente calle?”

“¿Se refiere a ese que es tan grande como yo?” dijo el niño.

“¿Qué niño tan inteligente,” dijo Scrooge. “Sí, ese mismo. Corre a la tienda y diles que envíen ese pavo a la casa de Bob Cratchit. Si vuelves en media hora te daré una buena recompensa.”

Scrooge se vistió rápidamente y salió a la calle. “¡Feliz Navidad!” le decía a todos los que con él se cruzaban. A los niños les daba afectuosas palmaditas en la cabeza y se dio cuenta que todo eso le producía un gran gozo.

A la mañana siguiente llegó a su oficina muy temprano, antes que Bob Cratchit. Cuando Bob llegó, Scrooge gruñó tratando de poner la voz que solía tener: “Bueno, ¿qué significa que usted llega dieciocho minutos y medio más tarde?”

“Lo siento mucho, señor,” le respondió Bob Cratchit.

“¡Pues no voy a tolerar esta clase de cosas nunca más!” refunfuñó Scrooge. “Por consiguiente,” añadió, mientras saltaba de su banquillo, “¡le voy a aumentar el sueldo! ¡Una Feliz Navidad para usted Bob Cratchit!”

Desde entonces, Scrooge ayudó a la familia de Bob, y compartió su riqueza con otra gente que pasaba necesidades. Para el Pequeño Tim, que no murió, Scrooge llegó a ser como un segundo padre. Y toda la ciudad lo conoció como un buen amigo, un buen maestro y un buen hombre. Siempre se dijo de él que supo mantener el espíritu navideño. Ojalá esto sea cierto para todos nosotros. Y, como dijo el Pequeño Tim. “¡Dios nos bendiga a todos y a cada uno de nosotros!”

## “Antes del desayuno” (de *Charlotte’s Web*)

por E.B. White

**PADRES:** *Les presentamos el primer capítulo de un libro que ha llegado a ser un clásico en corto tiempo, ya que fue publicado en 1952. Charlotte’s Web cuenta la historia de una niña llamada Fern, su cerdito, Wilbur y la mejor amiga de Wilbur, una araña muy sabia llamada Charlotte. Esperamos que tomen ustedes este primer capítulo como una invitación para leer en voz alta todo el libro con su niño. (Las ilustraciones son de Garth Williams, de la edición original.)*

“¿A dónde va papá con esa hacha?” preguntó Fern a su madre mientras se sentaban a la mesa para desayunar.

“Va hacia el chiquero,” le respondió la señora Arable. “Anoche nacieron unos cerditos.”

“No veo para qué puede necesitar un hacha,” dijo Fern, que tenía sólo 8 años.

“Bueno,” dijo su madre: “Uno de los cerdos nació muy frágil. Es tan pequeño y débil que no logrará sobrevivir, así que tú padre ha decidido que lo mejor es eliminarlo.”

“¿Eliminarlo?” chilló Fern. “¿Quieres decir matarlo? ¿Sólo porque es más pequeño que los otros?”

### ILUSTRACIÓN

La señora Arable puso un poco de crema sobre la mesa. “¡No grites Fern!” le dijo. “Tú padre tiene razón. De todos modos, el cerdito igual va a morir.”

Fern empujó la silla y salió corriendo. El pasto estaba mojado y la tierra olía a primavera. Cuando llegó donde estaba su padre, Fern tenía los zapatos empapados.

“¡Por favor, no lo mates!” gimió Fern. “Eso sería injusto.”

El señor Arable se detuvo.

“Fern,” le dijo suavemente “tendrás que aprender a controlarte.”

“¿Controlarme?” gritó Fern. “Este es un asunto de vida y muerte, y tú me pides que me controle?” Las lágrimas rodaban por las mejillas de la niña, mientras trataba de quitarle el hacha a su padre.

“Fern,” le dijo el señor Arable, “Yo sé más de criar cerdos que tú. Y un cerdo débil trae siempre problemas. ¡Ahora vete!”

“Pero es injusto,” lloraba Fern. “El chanchito no tiene la culpa de haber nacido tan pequeño, ¿verdad? Si yo hubiera sido muy pequeña cuando nací ¿me habrías matado a mí?”

El señor Arable se sonrió. “Por supuesto que no,” le dijo, mirando a su hija con ternura. “Pero esto es diferente. Una niña pequeña es una cosa y un cerdo atrofiado es otra.”

“Yo no veo la diferencia,” replicó Fern, todavía prendida del hacha. “Este es el más terrible caso de injusticia que yo haya sabido.”

En el rostro de John Arable apareció una extraña expresión. Parecía que el también iba a llorar.

“Esta bien, tú regresa a la casa y yo te llevaré al animal. Tendrás que empezar a darle biberón, como si fuera un bebé. Entonces te darás cuenta de todos los problemas que causa un animal como ése.”

Cuando el señor Arable regresó a su casa media hora después, llevaba una caja de cartón bajo sus brazos. Fern estaba en el segundo piso cambiándose los zapatos. La mesa de la cocina estaba ya lista para el desayuno y la habitación olía a café, tocino, y a humo de la estufa.

“¡Ponlo en su silla!” dijo la señora Arable. El señor Arable puso la caja en el lugar de Fern, luego fue a lavarse y secarse las manos.

Fern bajó lentamente las escaleras. Sus ojos estaban rojos por el llanto. Mientras se acercaba a su silla, la caja de cartón se movió. Allí dentro, mirándola, estaba el chanchito recién nacido. Era blanco y la luz matinal le daba a sus orejas un color rosado.

“Es todo tuyo,” le dijo su padre. “Salvado de una muerte inoportuna. Y que Dios me perdone por esta tontería.”

Fern no podía apartar sus ojos del pequeño cerdito. “¡Oh!” murmuraba. “¡mírenlo! Es absolutamente perfecto.”

Luego cerró la caja cuidadosamente y fue a dar un beso, primero a su padre, luego a su madre. Después abrió la caja nuevamente, sacó al chanchito y lo sostuvo junto a su mejilla.

En ese momento entró a la cocina su hermano Avery. Avery tenía 10 años. Estaba armado—un rifle de aire en una mano y una daga de madera en la otra.

“¿Qué es eso?” preguntó. “¿Qué tiene allí Fern?”

“Ella tiene un invitado para el desayuno,” respondió la señora Arable. “Lávate las manos y la cara Avery.”

“Vamos a verlo,” dijo Avery mientras bajaba su arma. “¿A esta cosa miserable le llaman cerdo? Ese es un espécimen raro de un cerdo—es del tamaño de una rata blanca.”

“¡Lávate las manos, Avery!” le dijo su madre. “El autobús escolar llegará en media hora.”

“¿Y yo puedo tener un chanchito también?” preguntó Avery a su padre.

“No, sólo distribuyo cerdos a los que se levantan temprano,” bromeó el señor Arable. “Fern ha estado despierta desde el amanecer, tratando de salvar al mundo de injusticias y como resultado de eso ahora tiene un chanchito. Eso te muestra lo que puede suceder si una persona se levanta muy temprano. ¡Ahora a comer!”

Pero Fern no podía comer hasta darle a su chanchito un poquito de leche tibia. Su madre encontró un biberón, le puso un chupón y se lo dió a Fern. “¡Dale su desayuno!” le dijo.

### ILUSTRACIÓN

Un minuto después, la niña estaba sentada sobre el piso en un rincón, con su cerdito entre las rodillas, enseñándole como tomar del biberón. El cerdito, aunque era muy pequeño, tenía buen apetito y pudo tomar la leche rápidamente.

En eso sonó la bocina del autobús que venía por el camino.

“¡Corran!” ordenó la señora Arable, mientras tomaba al cerdito de los brazos de Fern y le ponía una rosquilla en la mano. Avery cogió su escopeta y otra rosquilla.

Los niños salieron corriendo hacia el camino y subieron al autobús. Fern ni cuenta se dió de los niños que iban en el autobús. Simplemente se sentó mirando fijamente por la ventana, pensando en lo dichoso que era el mundo y en la suerte que tenía por tener a su cargo a un cerdito. Para cuando el autobús llegó al colegio, Fern le había puesto un nombre a su mascota, le había elegido el nombre más hermoso que se le ocurrió.

“Su nombre es Wilbur,” murmuró para sí misma.

Y estaba todavía pensando en el cerdito cuando la maestra le preguntó: “Fern, ¿cuál es la capital de Pennsylvania?”

“Wilbur,” respondió Fern pensativamente. Los alumnos no pudieron evitar reirse. Fern enrojeció.

## Cómo el Camello obtuvo su giba

(por Rudyard Kipling)

**PADRES:** *Como todos los cuentos humorísticos de Kipling, este cuento resulta más vívido si se lee en voz alta.*

En el comienzo de los años, cuando el mundo era nuevo y todo eso, y los Animales estaban recién empezando a servir al Hombre, había un Camello que vivía en medio de un Lamentable Desierto. Este era un animal muy haragán, a quien no le gustaba trabajar, así que se dedicaba a comer astillas, espinos y tamariscos y comía también algodón-cillo y púas. ¡Era de lo más haragán! y a todos los que le hablaban les respondía “Gi, ¡bah!” Sólo decía eso y nada más.

Un lunes por la mañana se le acercó el Caballo con una silla de montar sobre su lomo y el freno en su hocico y le dijo: “Camello, oh Camello, ven y trota como el resto de nosotros.”

“Gi, ¡bah!” le respondió el Camello. El Caballo se fue y se lo contó al Hombre.

A poco vino el Perro con un palo en su hocico y le dijo: “Camello, oh Camello, ven y sirve como el resto de nosotros.”

“Gi, ¡bah!” le respondió el Camello, y el Perro se fue y le contó eso al Hombre.

### ILUSTRACIÓN

Poco tiempo después pasó el Buey con el yugo en su cuello y le dijo: “Camello, oh camello, ven y ara la tierra como el resto de nosotros.”

“Gi, ¡bah!” dijo el Camello; el Buey se alejó y se lo contó al hombre.

Al final del día el Hombre reunió al Caballo, al Perro y al Buey y les dijo: “Tres, oh Tres, estoy muy apenado con ustedes (con el mundo tan nuevo y todo esto); pero esa cosa Gi-bah del Desierto no puede trabajar o ya estaría acá, así que lo voy a dejar así y ustedes tendrán que doblar el tiempo de trabajo y hacerlo por él.”

Eso hizo que los Tres se pusieran muy furiosos (con el mundo tan nuevo y todo eso), y se reunieron en consejo al borde del Desierto para tener una charla, el Camello vino masticando espinos con la mayor holgazanería y se rió de ellos. Luego dijo: “Gi, bah,” y se alejó nuevamente.

A poco llegó el Djinn\* que estaba a cargo de Todos Los Desiertos, envuelto en una nube de tierra (los Djinns siempre viajan de esa forma porque son mágicos) y se detuvo a conferenciar y charlar con los tres.

“Djinn de Todos Los Desiertos,” le dijo el Caballo, “¿Es correcto que uno sea tan haragán, con el mundo tan nuevo y todo eso?”

“¡Por supuesto que no!” respondió el Djinn.

“Bueno,” dijo el Caballo, “hay una cosa en el medio de tu lamentable Desierto (y es tan haragán) con cuello largo y patas largas, y no ha hecho nada de trabajo desde el lunes en la mañana. Ni siquiera trota.”

\*Un djinn es un espíritu mágico y gentil.

“¡Vaya!” respondió el Djinn. “¡Ese es mi Camello, por todo el oro de Arabia! ¿Y él qué dice sobre eso?”

“El sólo dice Gi-bah” dijo el Perro, “Y ni siquiera sirve.”

“¿Y no dice nada más?”

“Solo dice Gi-bah y no ara la tierra” respondió el Buey.

“Muy bien,” dijo el Djinn. “Yo le daré Giba si tienen ustedes la amabilidad de esperar un minuto.”

Entonces el Djinn, rodeado por un velo de tierra, enrumbó a través del desierto donde encontró al Camello en la más absoluta haraganería, mirando su propio reflejo en un estanque.

“Mi largo y burbujeante amigo,” le dijo el Djinn, “¿Qué hay de cierto en lo que he escuchado sobre ti, que no trabajas, con el mundo tan nuevo y todo esto?”

“Gi, ¡bah!” le respondió el Camello.

El Djinn se sentó con la mano en su barbilla y empezó a pensar en una Gran Magia, mientras que el Camello seguía contemplando su reflejo en el agua del estanque.

“Desde el lunes en la mañana les estás dando a los Tres trabajo extra debido a tu holgazanería,” le dijo el Djinn; y siguió pensando en la Gran Magia, con su mano en la barbilla.

“Gi, ¡bah!” respondió el Camello.

“Si yo fuera tú no diría eso de nuevo” dijo el Djinn; “Lo dices con demasiada frecuencia.”

Pero el Camello dijo nuevamente: “Gi, ¡bah!” Pero no había acabado de decirlo cuando miró su espalda, de la cual estaba tan orgulloso, y vio que le había salido en ella una giba enorme que se balanceaba de un lado a otro.

### ILUSTRACIÓN

“¿Has visto eso?” le dijo el Djinn. “Esa es tu propia giba, que has conseguido por no trabajar. Hoy es jueves y desde el lunes en que empezó el trabajo tú no has hecho nada. Ahora podrás trabajar por tres días sin comer, podrás vivir gracias a tu joroba. Y no digas que no hice nada por ti. Ahora, sal ya del Desierto y ve donde los Tres y compórtate.”

El Camello se fue y se unió a los Tres. Y desde ese día el Camello lleva siempre su giba o joroba; pero hasta ahora no se pone al día por los días que dejó de trabajar al iniciarse el mundo y hasta ahora no aprende a comportarse.

## El pájaro Cu

(Cuento mexicano)

Cuando Dios hizo el mundo, tuvo mucho cuidado en darle forma a las aves. Hizo sus cuerpos y luego los cubrió de plumas, creando al búho, a la paloma y al pavo real; cada

uno diferente del otro. Pero luego se le acabaron las plumas. La última ave que quedaba era el pájaro Cu que no pudo recibir plumas. Al pájaro Cu eso no le importaba. Podía ir al lugar que quisiera, y no le importaba estar tan desnudo como la palma de la mano.

### ILUSTRACIÓN

Pero las otras aves estaban preocupadas.

“¿Qué podemos hacer por él?” preguntó el búho.

“¿Qué pena me da esa pequeña cosa,” dijo la paloma.

“Luce tan feo,” agregó el pavo real. “Todos los otros animales hablan de él.”

Las aves estuvieron de acuerdo en que algo tenía que hacerse.

En eso el búho dijo: “Si cada uno de nosotros le da una pluma quedará completamente cubierto y nosotros no sentiremos la diferencia.”

Todas las aves estuvieron de acuerdo en que era una idea estupenda. El loro le dió una pluma verde, el canario una amarilla, el pájaro de guinea le ofreció una pluma plateada; el cuervo una negra; la del cisne era blanca; y el petirrojo le dió una pluma roja y brillante.

Y estaba el pájaro Cu a punto de recibir su nuevo abrigo, cuando repentinamente el pavo real chilló: “¡No! Con todas esas plumas él estará pavoneándose lleno de orgullo.”

“Pero no lo podemos dejar desnudo,” dijo la paloma. “El es la vergüenza de la comunidad de aves.”

Todos, incluyendo al pájaro Cu, se preguntaban qué hacer.

“Ya sé,” dijo el búho. “Si cada uno de ustedes le da una pluma yo lo vigilaré y los protegeré a todos ustedes de su vanidad.”

En poco tiempo el pájaro Cu era el ave mejor vestida de los alrededores. Hasta el pavo real admiraba en silencio su plumaje. Extendiendo sus resplandecientes alas, el pájaro Cu voló directamente hacia el estanque donde pudo ver reflejada su imagen y se quedó maravillado y luego salió veloz como un rayo hacia el cielo.

El búho, viejo y pesado, trató de seguirlo, pero sus cortas alas no estaban hechas para ese tipo de vuelo. Lentamente, haciendo espirales bajó a la tierra, donde encontró a las otras aves esperándolos en las ramas de los árboles.

Entonces el loro dijo: “Ninguno de nosotros ha podido volar nunca hasta el cielo. Eso sólo nos puede traer problemas. Todos vamos a tener que pagar por su vanidad.”

“Es culpa del búho” dijo el pavo real. “Yo se lo advertí.”

Después de lo cual empezaron a perseguir al búho. El búho encontró refugio en el agujero de un árbol. Y así pasaron los días, en los que el búho se preguntaba cómo hacer para que el pájaro Cu regresara del cielo. Un día recibió una visita.

“Pasa, corre caminos,” exclamó el búho. “Me alegra mucho verte.”

“Te he traído algo para cenar,” dijo el corre caminos.

“Muchas gracias. ¿Pero qué es lo que debo hacer?” preguntó el búho.

“Debes quedarte acá,” le advirtió el corre caminos. El cuervo ha jurado que te matará si no le devuelves su pluma.”

El búho le dijo: “Entonces tendré que cazar por las noches, cuando el cuervo está dormido. Y llamaré al pájaro Cu hasta que regrese.

“Yo lo buscaré por el camino,” agregó el corre caminos.

Y hasta hoy lo están buscando. Por eso es que el corre caminos corre veloz como una flecha de un lado a otro buscando por los caminos al pájaro Cu. Y si escuchas por las noches, podrás oír al búho llamando “¡Cu, Cu, Cu, Cu!”

## **La Bella y la Bestia**

Hace mucho tiempo vivía un rico mercader con sus tres hijas. Pero sucedió que el mercader perdió su fortuna y no le quedó más que una pequeña cabaña en el bosque, lejos del pueblo. Les dijo a sus hijas que tendrían que mudarse allí y trabajar duro y vivir con sencillez. Las hijas mayores se quejaban amargamente, pero la hija menor, que se llamaba Bella, trataba de hacer lo mejor de la situación.

### **ILUSTRACIÓN**

Un día, muchos meses después, el mercader se enteró que una de sus embarcaciones que creía perdida, había llegado y que estaba repleta de cosas muy valiosas. Mientras se preparaba para hacer el largo viaje a fin de reclamar sus bienes, le preguntó a sus hijas que querían que les trajera. Las dos mayores pidieron ropas lujosas y joyas. Pero Bella le dijo: “Querido padre, por favor tráeme una rosa puesto que no he visto una desde que llegamos acá y tú sabes que yo adoro las rosas.”

Cuando finalmente llegó el mercader hasta donde estaba su embarcación, encontró que todos los bienes le habían sido robados. Así que emprendió el camino de regreso a casa, tan pobre como cuando empezó su viaje.

No lejos de su casa la nieve empezó a caer y el viento soplaba tan fuertemente que casi hizo caer al mercader de su caballo. De repente se encontró frente a un palacio con brillantes luces encendidas. Llegó hasta la puerta y la vio abierta, así que entró. “¡Hola!” llamó, pero nadie le respondió. Llegó hasta un comedor muy grande donde había fuego ardiendo en la chimenea y una pequeña mesa servida con deliciosos potajes para una persona. Después de haber comido buscó a alguien para agradecerle, pero nadie apareció. Caminando llegó hasta un jardín que florecía aún en medio de un crudo invierno. En el jardín vio un hermoso rosal y recordó lo que Bella le había pedido. Se inclinó para arrancar sólo una rosa, pero apenas había roto el tallo, escuchó un furioso rugido detrás de él.

Espantado, el mercader se dió vuelta y vió a una terrible criatura mitad hombre y mitad bestia. “¿Cómo te atreves?” gruñó la Bestia.

### **ILUSTRACIÓN**

“Por favor perdóneme,” le dijo el aterrorizado hombre, “Yo sólo quería una rosa para mi hija Bella.”

“Te perdonaré, pero con una condición” le respondió la Bestia. “Deberás entregarme a una de tus hijas. Anda y ve si alguna de ellas te ama lo suficiente como para salvar tu vida.”

Muy triste, regresó el mercader a su casa y cuando les contó a sus hijas lo que había sucedido, Bella no lo dudó. “Yo iré,” dijo quedamente.

“No, Bella,” le dijo su padre. “Yo ya soy viejo y sólo me quedan unos cuantos años de vida. Yo regresaré donde la Bestia.”

“Tú no debes regresar al castillo sin mí,” le respondió Bella. Su padre trató de hacerla cambiar de idea, pero Bella estaba decidida.

Bella y su padre retornaron al castillo. Cuando ella vio a la Bestia, no pudo dejar de estremecerse, pero hizo lo posible para ocultar su temor. La Bestia hizo cargar una carreta llena de tesoros y la enganchó al caballo del padre de Bella. Mientras Bella veía a su padre alejarse, empezó a llorar.

“Bella,” le dijo la Bestia, “las cosas no son tan malas como tú crees. Tú te has entregado a ti misma para salvar a tu padre y tu generosidad será recompensada. Sólo escúchame y acepta este consejo: no te guíes por las apariencias. Confía en lo que te dice tú corazón, no en lo que ven tus ojos.”

Y así pasaron los días. Bella caminaba entre hermosos jardines, donde las aves cantaban para ella. También encontró una enorme biblioteca llena de libros que ella deseaba leer.

Al principio la apariencia de la Bestia asustaba a Bella, pero pronto se acostumbró a ella. La Bestia la trataba con gran amabilidad. Todas las noches cuando ella se sentaba a cenar, la Bestia aparecía y conversaba con ella mientras cenaba. Al poco tiempo, ya Bella esperaba ansiosa sus charlas. Pero cuando terminaba la comida y era hora de decir buenas noches, la Bestia siempre le preguntaba: “Bella, ¿te casarías conmigo?” y aunque cada día Bella se preocupaba más por él, siempre le respondía, “No.”

Una noche, la Bestia se dió cuenta que había mucha preocupación en el rostro de Bella. “Bella,” le dijo: “no puedo soportar verte tan infeliz. ¿Qué te está sucediendo?” Ella le respondió que extrañaba a su familia, y sobre todo, ansiaba ver a su padre nuevamente. “Pero Bella,” le dijo la Bestia, “si tú me dejas temo que moriré de tristeza.”

“Querida Bestia,” le dijo Bella suavemente, “yo no quiero dejarte. Pero ansío ver a mi padre. Sólo deja que me vaya por un mes y te prometo que regresaré y me quedaré por el resto de mi vida.”

“Muy bien,” suspiró la Bestia. “Pero recuerda tu promesa. Y toma este anillo mágico. Cuando desees volver, dale vuelta al anillo en tu dedo y pronuncia estas palabras: ‘Deseo volver donde mi Bestia.’ ”

Al despertarse la siguiente mañana, Bella se encontró que estaba de vuelta en la casa de su padre, que no era la antigua cabaña, sino una casa lujosa en el pueblo, comprada con las riquezas que la Bestia le había regalado. Al verla, su padre la abrazó y lloró de

alegría. Muy pronto llegaron a visitarla sus hermanas, con sus flamantes esposos. Ellas fingían ser felices pero en realidad no lo eran. Una de las hermanas se había casado con un hombre muy apuesto que vivía enamorado de sí mismo y no le importaba nadie más. La otra hermana había contraído matrimonio con un hombre muy mordaz a quien le gustaba burlarse de la gente, especialmente de su esposa.

Día tras día Bella disfrutaba más el estar con su padre y hacía todo lo que podía para ayudarle. Cuando llegó el momento en que debía retornar donde la Bestia, se dió cuenta que no tenía valor para decirle adiós a su padre. Cada día se decía a sí misma: “Hoy día regresaré.” Pero cada noche postergaba su regreso.

Entonces una noche, ella soñó que estaba paseando en los jardines alrededor del castillo de la Bestia, cuando de repente escuchó un gemido de dolor. Miró hacia abajo y vio que la Bestia yacía en el suelo. Parecía estar muriendo.

### ILUSTRACIÓN

Bella se despertó asustada. “Oh, ¿cómo he podido hacerle esto a mi pobre Bestia?” lloró. “¿Acaso es su culpa ser tan feo? ¿Por qué no acepté casarme con él? Sería más feliz con él de lo que son mis hermanas con sus esposos. La Bestia es honesta y buena. Y eso importa más que cualquier otras cosa.”

Entonces dió vuelta al anillo alrededor del dedo y dijo firmemente: “Deseo volver donde mi Bestia.” En un instante ella se encontró en el castillo. Corrió a través de las habitaciones llamando en voz alta a la Bestia. No hubo respuesta. Entonces recordó su sueño y corrió hacia el jardín. Allí encontró a la Bestia tirada en el suelo.

“Oh, está muerto, y es por mi culpa,” se lamentó. Bella se arrodilló en el piso y lo tomó entre sus brazos. Mientras la Bestia abría lentamente los ojos, Bella lloraba: “¡Oh, Bestia, como me has asustado! No sabía cuánto te amaba hasta ahora, cuando temí que ya era demasiado tarde.”

Con voz débil la Bestia le dijo: “Estaba muriendo porque pensé que habías olvidado tu promesa, pero haz vuelto. ¿Puedes realmente amar a una criatura tan horrible como yo?”

“Sí,” le respondió Bella.

Entonces una vez más la Bestia le preguntó: “Bella ¿te casarías conmigo?”

Ella le respondió: “¡Sí, querida Bestia!”

Y mientras ella hablaba, un rayo de luz iluminó su alrededor. Bella se cubrió los ojos. Cuando los abrió nuevamente, ya no vio más a la Bestia.

En su lugar, tendido a sus pies, había un gallardo príncipe.

“¿Qué le ha pasado a mi Bestia?” preguntó.

“Yo era la Bestia,” respondió el príncipe. “Un hada maligna puso sobre mí un hechizo: me transformó en un monstruo hasta que una doncella aceptara casarse conmigo. Tú eres la única que ha sido suficientemente buena para ver más allá de mi apariencia y llegar a mi corazón.”

Bella le dió al joven príncipe su mano y le ayudó a levantarse. Y juntos entraron al

castillo. Al día siguiente, en presencia del padre de Bella, se casaron. Y vivieron felices para siempre.

## **El gorrión de la lengua cortada**

(Cuento del folklore japonés)

Hace muchísimo tiempo vivía en Japón un anciano muy bueno, amable y trabajador con su esposa, que era un verdadero calvario, pues era mala y de muy mal carácter. Como no tenían hijos, el anciano tenía como mascota un pequeño gorrión. Cada día, al llegar de trabajar en los bosques, el anciano acariciaba al ave, le hablaba y hasta le daba de comer de su plato. El dulce canto del gorrión llenaba de alegría la vida del anciano. Pero su esposa no quería al gorrión. Se quejaba de la excesiva atención que su esposo le dedicaba a un ave tan tonta.

### **ILUSTRACIÓN**

Un día salió el hombre para cortar leña, mientras que su esposa se preparaba para lavar la ropa. Ese día, la mujer había hecho almidón, que puso en un tazón de madera. En un momento en que estaba volteada, el gorrión se posó al borde del tazón y picoteó un poco del almidón. Cuando la anciana vio al gorrión, se enfureció tanto, que cogió al gorrión y le cortó la lengua con unas tijeras “¡Vete, animal glotón!” chilló, y el pobre pájaro salió volando hacia el bosque.

Cuando el anciano regresó a casa y supo lo que había sucedido, se sintió sumamente triste por su mascota. A la mañana siguiente se fue al bosque, a buscar al gorrión. Por todas partes iba llamando: “¡Gorrión, gorrioncito! ¡Dónde estás, mi amigo?”

Conforme avanzaba, el bosque se iba haciendo más denso y oscuro, y el anciano se empezó a preocuparse, pensando que no volvería a ver al gorrión. Ya casi sin esperanzas, gritó: “¡Pequeño gorrión, por favor vuelve a casa!” y justo entonces, escuchó el aliento del gorrión. Y para su sorpresa, escuchó que el ave le hablaba.

“Anciano,” le dijo el gorrión, “tú has sido muy generoso conmigo. Ahora yo deseo mostrarte mi generosidad.” Y guió al hombre hasta una hermosa casita con un jardín de bambú y una pequeña caída de agua. “Ven para que conozcas a mi familia,” le dijo el gorrión.

El anciano hizo una inclinación, se sacó los zapatos y entró a la casa. Dentro había muchos gorriones cantando dulces melodías. Le sirvieron una deliciosa comida, con pasteles de arroz, golosinas y abundante té caliente. Luego ejecutaron una maravillosa danza que hizo que el corazón del anciano se llenase de júbilo.

### **ILUSTRACIÓN**

“Este ha sido un día mágico para mí,” dijo al anciano, “y debo agradecerles su hospitalidad. Pero veo que el sol se está poniendo. Perdónenme, pero debo regresar a

casa antes que mi esposa empiece a preocuparse.”

“Antes que te marches,” le dijo el gorrión, “por favor, acepta un obsequio.” Y puso frente a él dos canastas. Una de ellas era grande y pesada, y la otra era pequeña y liviana. “Por favor escoge una de éstas,” le dijo el gorrión, “y no abras la canasta hasta que llegues a casa.”

El hombre, que no era codicioso, eligió la canasta pequeña. Con muchos agradecimientos y muchos adioses, salió de la casa del gorrión y emprendió el camino de regreso.

Cuando llegó a su casa le contó a su esposa todo lo que había sucedido y luego abrió la canasta. Estaba llena de joyas, monedas de oro y plata y otros tesoros.

El anciano estaba encantado, pero la mujer le gritó: “¡Si serás tonto! ¿por qué no tomaste la canasta más grande?” y sin más palabras, salió corriendo hacia el bosque para encontrar la casa del gorrión.

Cuando finalmente llegó a la casa del ave, empezó a llamar: “¡Gorrión, déjame entrar!” Por supuesto, el gorrión, muy cortesmente, la invitó a pasar y le sirvió té. Ella bebió un sorbo y luego dijo: “Ya es suficiente, estoy lista para partir.” Nuevamente el gorrión trajo dos canastas, una grande y una pequeña. “Por favor escoge una,” le dijo, “y no la abras hasta que llegues a casa.” La mujer tomó la canasta grande y se apresuró a salir.

“¡Uff!” gimió, “esta canasta es tan pesada.” Se sentó a descansar un momento y mirando la canasta, se dijo: “¿Por qué debo esperar hasta llegar a casa? No habrá problema en que le eche una miradita.”

Así que abrió la canasta, pero en vez de oro y plata, estaba llena de sapos que se le enredaron en el cabello, culebras que se deslizaron rodeándole brazos y piernas, y avispas que la picaron por todas partes. La anciana gritó y corrió tan rápido como pudo. Cuando llegó a su casa cayó en brazos de su esposo. El cuidó de ella y cuando se repuso, le dijo al esposo: “He sido muy codiciosa y lamento mucho haber herido al gorrión.”

Desde ese día en adelante, la anciana ayudó a su esposo a alimentar a las aves que llegaban a su casa, y su hogar estuvo siempre lleno de dulces trinos.

## **El tigre, el brahmán y el chacal**

(Cuento del folklore hindú, recontado por Virginia Haviland)

*Puedes leer sobre la India en la sección de Historia del mundo de este libro. Un brahmán es un miembro de un grupo social muy respetado en la India, que incluye a personas eruditas y sacerdotes.*

### **ILUSTRACIÓN**

Erase una vez un tigre que cayó en una trampa. En vano trataba de salir de entre los barrotes, rodaba y daba dentelladas con furia y pesar al no lograrlo.

Acertó a pasar por allí un pobre brahmán.

“¡Hombre piadoso, ayúdame a salir de esta trampa!” gimió el tigre. “No, mi amigo,” le respondió suavemente el brahmán, “probablemente me comerías si lo hiciera.”

“¡No, en absoluto!” le juró el tigre repetidas veces. “Por el contrario, te estaré eternamente agradecido y te serviré como un esclavo.” Como el tigre sollozaba y suspiraba, y se lamentaba y juraba, el corazón del piadoso brahmán se compadeció y finalmente aceptó abrir la puerta de la trampa. El tigre salió de un salto y se abalanzó sobre el pobre hombre, gritando: “¡Qué tonto eres! ¿Cómo evitarás que te coma ahora? Después de estar tanto tiempo enjaulado, ¡estoy terriblemente hambriento!”

El brahmán rogó por su vida. En un principio el tigre ignoró sus ruegos pero luego le prometió al brahmán que lo dejaría ir si éste encontraba tres cosas que consideraran injusta la acción del tigre.

Y así, el brahmán partió en busca de algo para preguntar su opinión.

Primero le preguntó a un árbol qué pensaba del asunto, pero el árbol le respondió fríamente: “¿De qué te quejas? ¿Acaso yo no brindo sombra y refugio a todos los que pasan por acá, y estos, sin embargo, me pagan arrancando mis ramas para alimentar su ganado? ¡Deja de lloriquear y sé un hombre!”

El brahmán, con el corazón triste, siguió caminando por el campo hasta que se encontró con una búfalo hembra que giraba la rueda de un pozo, pero no le fue mejor con ésta, pues le respondió: “¡Eres un tonto por esperar gratitud! ¡Mírame a mí! Mientras les di leche me alimentaron con semilla de algodón y bagazo, pero ahora que estoy seca, me ponen el yugo y me dan sólo las sobras del forraje!” Tristemente, el brahmán le pidió al camino que le diera su opinión.

“Mi querido señor,” le respondió el camino, “¡qué tonto eres al esperar algo de alguien! Acá estoy yo, útil para todo el mundo, sí, para todos: ricos y pobres, grandes y pequeños, que me pisan al pasar y a cambio recibo sólo las cenizas de sus pipas y los hollejos de sus granos!”

Luego de esto el brahmán emprendió el retorno, muy apesadumbrado. En el camino se cruzó con un chacal, que le preguntó: “¡Hey! ¿Cuál es el problema, Sr. Brahmán? ¡Luce usted tan desdichado como un pez fuera del agua!”

El brahmán le contó lo sucedido, “¡Qué confuso es esto!” le dijo el chacal cuando terminó su relato. “¿Le importaría contarme todo de nuevo, porque se me ha hecho una confusión?”

El brahmán le contó todo nuevamente, pero el chacal meneó la cabeza como distraído y seguía sin entender.

“Es muy extraño,” le dijo con tristeza, “pero parece que me entra por un oído y me sale por el otro. Iré al lugar donde sucedió todo y estando allí quizás pueda emitir un juicio.” Así que ambos regresaron junto a la jaula, donde el tigre esperaba al brahmán, afilando sus garras y sus colmillos.

“¡Te has alejado por mucho rato!” gruñó la bestia salvaje, “pero ahora empezaremos nuestra cena.”

“¡Nuestra cena!” pensó el abatido brahmán, con las rodillas temblándole de terror.

“¡Qué manera tan delicada de expresarlo!”

“¡Permítame cinco minutos, mi señor!” rogó el hombre, “a fin de explicarle los hechos a este chacal, que al parecer es un poco lento en sus juicios.”

El tigre accedió y el brahmán empezó a contar toda la historia una vez más, sin saltarse un solo detalle y haciéndola lo más larga posible.

### ILUSTRACIÓN

“¡Ay, mi pobre cerebro! ¡ay, mi pobre cerebro,” se lamentaba el chacal, retorciéndose las patas. “Déjenme ver. ¿Cómo fue que empezó todo? Usted estaba en la jaula y el tigre pasó por aquí—”

“¡Uff!” interrumpió el tigre. “¡Qué tonto eres! ¡Era yo quien estaba en la jaula!”

“¡Ah, por supuesto!” exclamó el chacal, fingiendo temblar de miedo. “¡Claro! Yo estaba en la jaula—no, yo no era—¡vamos, vamos! ¿Dónde está mi entendimiento? Déjenme ver—el tigre estaba en el brahmán y la jaula pasó por aquí—no, no, tampoco es así. Bueno, no se preocupen por mí y empiecen su cena, porque nunca lo entenderé.”

“¡Sí que entenderás!” continuó el tigre, furioso ante la estupidez del chacal. “¡Yo te voy a hacer entender! Mira acá—yo soy el tigre—”

“¡Sí, mi señor!”

“Y este es el brahmán—”

“¡Sí, mi señor!”

“Y esta es la jaula—”

“¡Sí, mi señor!”

“Y yo estaba dentro de la jaula—¿entiendes?”

“Sí ... digo no ... por favor, mi señor ...”

“¡Bueno! ¿Y ...?” rugió el tigre impacientemente.

“¡Por favor mi señor! ¿Cómo fue que usted entró a la jaula?”

“¡Cómo! ¡De la manera usual, por supuesto!”

“¡Oh, no! Mi cabeza está empezando a dar vueltas nuevamente. Por favor, no se moleste, mi señor, pero ¿cuál es la manera usual?”

A estas alturas ya el tigre había perdido la paciencia y saltando dentro de la jaula, gritó: “¡De esta manera! ¡Ahora entiendes cómo fue?”

“¡Perfectamente!” sonrió satisfecho el chacal, al tiempo que, hábilmente, cerraba la puerta de la jaula. “Y si me permite decirlo, pienso que las cosas deben quedarse como están.”

## Cómo conoció Wendy a Peter Pan

**PADRES:** *Las historias de Peter Pan fueron escritas por James M. Barrie en los primeros años de 1900. Puede que algunos niños de hoy conozcan la historia del niño que se rehúsa a crecer, a través de la película de caricaturas de Disney o el musical de Broadway con Mary Martin. Acá les presentamos los episodios iniciales, en los que conocemos a los niños de la familia Darling y a Peter Pan. Les sugerimos buscar en su biblioteca más aventuras de Peter Pan para compartir con sus niños.*

Había una vez unos hermanitos, cuyos nombres eran Wendy, John, y Michael Darling, quienes vivían en una encantadora casa, con muchos juguetes y libros de dibujos. Ellos tenían una niñera de lo más singular que los cuidaba, llamada Nana, que era en realidad una enorme perra. Ella los bañaba y vestía, y se encargaba de que se levantaran y acostaran a la hora apropiada.

Una noche, cuando los niños ya estaban bañados y acostados, la ventana del dormitorio se abrió y un niño cayó dentro. Vestía una raída camisa marrón y verde hoja y llevaba el cabello revuelto.

### ILUSTRACIÓN

Cuando Nana lo vio, gruñó y se abalanzó sobre él. Aunque no pudo atraparlo, puesto que el niño dió un brinco hacia atrás y salió por la ventana, sí pudo atrapar su sombra. A la mañana siguiente, la Sra. Darling encontró la sombra y la enrolló con cuidado, guardándola en un cajón de la cómoda.

Nada más sucedió hasta después de una semana. El Sr. y la Sra. Darling estaban vistiéndose para ir a una fiesta y Nana estaba muy ocupada haciendo que los niños se acostaran. A propósito, la única persona del número 14 (que era la casa de los Darling) que no sentía mucho cariño por Nana, era el Sr. Darling. Y esa noche, cuando Nana pasó de casualidad rozando los pantalones nuevos del Sr. Darling y dejándole unos cuantos pelos, éste gritó: “¡No voy a tener un perro en esta casa! ¡La voy a dejar amarrada en el patio trasero!” Y así lo hizo.

La pobre Nana gimió, porque estaba empezando a nevar. Luego empezó a ladrar porque podía olfatear el peligro en el aire.

La habitación donde dormían Wendy, Michael y John estaba tranquila y oscura. Pero sólo estuvo oscura por un momento, pues tan pronto como el Sr. y la Sra. Darling habían salido para la fiesta, una luz muy brillante entró por la ventana y voló alrededor del cuarto como un dardo iluminado. Era Campanita, una diminuta y adorable hada, que venía a buscar la sombra que pertenecía a Peter Pan.

Casi al momento, a través de la ventana entró el mismo Peter Pan. “Campanita,” llamó suavemente, “¿haz encontrado mi sombra?”

Ella respondió con una vocesita que parecía el tintineo argentino de una pequeña campana, que es el lenguaje de las hadas. Campanita le dijo a Peter Pan que su sombra estaba en una gran caja—se refería al cajón de la cómoda—pero que era muy grande

para que ella pudiera abrirlo. Peter recuperó su sombra en un segundo, y estaba tan emocionado por haberla recuperado que ¡no se dió cuenta que había encerrado a Campanita en el cajón!

“¡Que molestia!” exclamó Peter, porque su sombra no se le podía unir nuevamente. Trató de pegársela con un poco de jabón, pero no funcionó. Se sentía tan frustrado que se sentó en el suelo y se puso a llorar.

Sus sollozos despertaron a Wendy, quien se sentó en la cama. Ella había visto antes a Peter en sueños, por lo que no se sorprendió de verlo en ese momento. Muy educadamente le preguntó: “Niño, ¿por qué estas llorando?” Peter se levantó y ambos se saludaron.

### ILUSTRACIÓN

“¿Cómo te llamas?” le preguntó Peter.

“Wendy Moira Angela Darling,” le respondió. “¿Cuál es tu nombre?”

“Peter Pan.”

“¿Y dónde vives?” preguntó Wendy.

Peter le respondió: “En la segunda a la derecha, y luego todo recto hasta la mañana.”

“¿Tu mamá sabe que estas acá?” le preguntó Wendy.

“Yo no tengo mamá,” le dijo Peter.

“¡Ah!” exclamó Wendy. “Ya sé entonces por qué estas llorando.”

“Yo no estaba llorando por mamá,” estalló Peter. “Lloraba porque no puedo pegarme mi sombra. Además, yo no estaba llorando.”

Wendy cogió una aguja e hilo y le cosió la sombra a los pies de Peter. Peter empezó a bailar alrededor de la habitación lleno de alegría. Pero en vez de decir: “Gracias Wendy, eres muy amable” gritó “¡Oh, qué astuto soy!” porque para decir la verdad, Peter era muy presumido.

“Peter,” preguntó Wendy, “¿cuántos años tienes?”

“No lo sé,” respondió Peter.

“Si tuviste una madre,” dijo Wendy, “ella podía decirte cuántos años tenías.”

“Claro que podría haberlo dicho,” dijo Peter, “¡pero yo me escapé el mismo día en que nació! Y eso porque escuché que mi padre y mi madre hablaban de lo que yo sería cuando fuera adulto. Y yo no quiero crecer jamás. Quiero quedarme como un niño pequeño y divertirme por siempre y siempre. “Por eso es que me escapé para vivir con las hadas.”

“¡Hadas!” exclamó Wendy. “¿Existen de verdad? Oh, Peter, ¿de dónde vienen las hadas?”

“Bueno,” respondió Peter “cuando el primer bebé que existió se rió por primera vez—”

“¿Cómo se llamaba el primer bebé?” le preguntó Wendy.

“No interrumpas,” dijo Peter. “El hecho es que su risa se rompió en miles de pedacitos y se fueron saltando y se convirtieron en hadas. Pero ahora sólo quedan pocas hadas, porque los niños no creen en ellas. Las hadas no pueden vivir a menos que se crea en

ellas. Y cada vez que un niño dice: ‘Yo no creo en las hadas,’ un hada más cae muerta.” En eso, en el rostro de Peter se dibujó una mueca de sorpresa. “¡Oh!” dijo. “Me pregunto dónde está—¡Campanita! ¡Campanita! ¿dónde estás? Escucha, Wendy. ¿Puedes escuchar algo?”

“Oigo un sonido como el de una campanita,” dijo. “Parece ser que viene del cajón de la cómoda.”

“¡Esa es Campanita!” dijo Peter. Y al abrir el cajón Campanita salió volando. ¡Estaba muy furiosa!

“Campanita,” dijo Peter, “cuida tu lenguaje. No debes decir esas cosas. Sí, por supuesto que lo siento mucho, pero ¿cómo podía yo saber que estabas en el cajón?” Campanita se posó por un momento encima de un reloj, se quedó mirando a Wendy y luego hizo un agudo sonido.

“¿Qué fue lo que dijo!” preguntó Wendy.

“Dijo que eras una niña grande muy fea,” dijo Peter. “Pero no debes hacerle caso.”

A Wendy no le gustó eso, así que decidió hablar de otra cosa. “Cuéntame sobre el lugar donde vives, Peter,” dijo Wendy.

“Mayormente vivo en la Tierra de Nunca Jamás con los Niños Perdidos,” le respondió.

“¿Y ellos son hadas?” preguntó Wendy.

“No,” dijo Peter. “Esos son niños que se caen de sus coches cuando sus nanas no los cuidan. Entonces las hadas los recogen y si nadie los reclama en una semana, los llevan a la Tierra de Nunca Jamás. Y yo soy su capitán.”

“¿Y por qué son todos varones?” preguntó Wendy.

“Porque las niñas son muy listas para caerse de sus coches,” dijo Peter.

Luego le preguntó: “Wendy, ¿tú sabes algún cuento? Yo no sé ninguno,” continuó, “así que he venido para que me cuentes algunos cuentos. Pero algunas veces tengo que irme antes de escuchar el final del cuento. Oh, Wendy, tu madre te estaba contando una historia encantadora la última vez que vine, sobre un príncipe que no podía encontrar a la doncella a quien le calzara una zapatilla de cristal.”

“¡Ese es el cuento de Cenicienta!” exclamó Wendy. “Y al final del cuento el príncipe la pudo encontrar, y vivieron felices por siempre. Oh, Peter, ¡yo te podría contar tantas historias maravillosas!”

Los ojos de Peter se iluminaron. “Wendy,” dijo “ven conmigo y cuéntanos todos esos cuentos. Tú podrías ser una madre para nosotros.”

“Pero no puedo hacer eso,” le dijo Wendy. “¿Qué diría mi madre? Además, no puedo volar.”

“Yo te enseñaré,” dijo Peter. “Sólo tenemos que saltar a espaldas del viento y ¡allá vamos! Cuando lleguemos a la Tierra de Nunca Jamás, verás sirenas, hadas indios y—” Peter estuvo a punto de decir piratas, pero pensó que mejor no lo mencionaba.

“¡Eso sería espléndido!” exclamó Wendy. “¿Pero les podrías enseñar también a Michael y a John para que puedan venir con nosotros?”

### ILUSTRACIÓN

“Si así lo quieres,” respondió Peter. Así que Wendy despertó a sus hermanos. “¡Peter Pan está acá!” dijo Wendy, “¡y nos va a enseñar a volar!”

Peter echó un poco de polvo de hadas sobre cada uno de ellos y les dijo: “todo lo que tienen que hacer es pensar en cosas maravillosas y encantadoras, mover los hombros y dejarse ir.”

En medio minuto los tres pequeños Darling estaban ya volando alrededor de la habitación, las cabezas golpeando contra el techo. “¡Vengan!” gritó Peter. Y todos salieron volando por la ventana.

Este es sólo el principio del cuento. Para leer más sobre las aventuras de los niños en la Tierra de Nunca Jamás, busca en tu biblioteca un libro sobre Peter Pan.

## Cuentos americanos

América es un gran país con un apetito insaciable para historias sobre grandes hazañas y héroes sorprendentes. Estas historias, llamadas *tall tales*, puede que tengan algo de verdad, pero en su mayor parte presentan hechos con graciosa exageración. Tú debes conocer algunos héroes legendarios, como Johnny Appleseed y Casey Jones (que te presentamos en cuentos del libro de kindergarten de esta serie). Ahora podrás conocer a tres protagonistas más de los cuentos americanos.

### Paul Bunyan

Cuando era aún un bebé, Paul Bunyan era exageradamente grande. ¿Qué tan grande era? Para que tengas una idea, cuando él estornudaba hacía salir volando a todas las aves, desde Maine hasta California. En una ocasión tuvo un severo ataque de hipo y la gente de los alrededores salía de sus casas gritando “¡Terremoto! ¡Terremoto!”

### ILUSTRACIÓN

Al crecer se volvió leñador y no existía nadie que pudiera igualarlo cortando árboles. En aquellos tiempos, en que América se expandía hacia el oeste y se estaba construyendo el país, la gente tenía que cortar muchos árboles para hacer sus casas, además de sus escuelas, templos, barcos y muebles.

Paul se hizo un hacha gigantesca, con un mango tallado de un nogal entero. De un solo golpe podía derribar cien árboles. Se dice que una vez, cansado tras un día de arduo